



# SÓLO UN DESEO

OLGA SALAR

zafiro<sup>♥</sup>

# **OLGA SALAR**

*Solo un deseo*

*Esencia*

# Sinopsis

*Tener problemas de aura puede ser un engorro o un regalo del cielo. Todo depende de si te topas con la maldición de una pitonisa resentida o si, por el contrario, te encuentras con la visita inesperada de un espíritu moreno de ojos verdes y una sonrisa irresistible.*

*Si tienes la suerte de vivirlo todo, agárrate fuerte, porque tu vida va a girar tan deprisa que es posible que quieras apearte de ella aunque sólo sea un segundo.*

Autor: Salar , Olga

©2014, Esencia

ISBN: 9788408126683

Generado con: QualityEbook v0.73

# Olga Salar

## Sólo un deseo

### ÍNDICE

#### Portada

Sobre la autora

Cita

Dedicatoria

¿A quién le importa lo que yo haga? ¿A quién le importa lo que yo diga?

Unas horas antes...

Loca por volver a saber de ti...

Sabor de amor, todo me sabe a ti...

Marcos se ha marchado para no volver...

Se me ponen si me besas, rojitas las orejas

Contigo celebro y sufro todo mis alegrías y mis males

Quiero que siga así. Tu alma pegada a mí...

Pero la fuerza del destino nos hizo repetir...

Y fue por ti que descubrí lo que es amar...

Notas

Créditos

**Olga Salar** nació el veintidós de enero de 1978 en Valencia, aunque reside desde siempre en Sagunto. Se licenció en Filología Hispánica porque era la manera más sencilla de engañar a su madre: su progenitora pensaba que se estaba sacando una carrera mientras ella saciaba su curiosidad por las palabras al tiempo que compaginaba su pasión por la lectura. Fue por ese amor a las letras por lo que en 2009 creó el blog literario Luna Lunera (Diario de una Lunática), desde donde nos da su opinión sobre lo que lee.

Escribió su primera novela con una teoría, para ella brillante y contrastada, sobre lo desastroso de las primeras veces, *Un amor inesperado*, y tras ella siguieron la biología juvenil *Lazos Inmortales*. Finalmente, sin embargo, se ha dedicado a la romántica adulta, género en el que ha publicado: *Quédate esta noche*, *Íntimos enemigos*, *Una cita pendiente*, *Una noche bajo el cielo* y *Jimena no deshoja margaritas*.

*Un solo deseo basta para poblar todo un mundo.*

ALPHONSE DE LAMARTINE

*A Iván por todas las canciones que compartimos y compartiremos...*

# ¿A quién le importa lo que yo haga? ¿A quién le importa lo que yo diga?

**D**EJO que el agua resbale por mi espalda y alzo la cara para que me refresque las mejillas. Hace calor. Mucho calor. Y eso que sólo estamos a finales de junio. No quiero ni pensar en cómo será pasar el mes de agosto en la ciudad, pero Jaime y yo lo hemos dejado, y con ello se han esfumado las idílicas vacaciones en la playa que habíamos planeado.

Me enjabono el pelo con mi champú favorito, y suspiro cuando su perfume consigue que me relaje, que vuelva a sentirme yo misma. He tenido un día horrible, y este pequeño momento es lo único que impide que me meta corriendo en la cama y decida no despertar en cien años o más, hasta que el príncipe azul, que cada vez estoy más segura de que es un mito, venga a desadormecerme con un tórrido beso, porque amor, lo que se dice amor... No, mejor elijo el beso.

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

Tarareo mi canción favorita al tiempo que cierro el grifo del agua y alargo el brazo para coger la toalla. Al alzar la vista, me quedo paralizada por la sorpresa; mi mano se ha detenido sobre el toallero mientras el pánico y la excitación me atenazan el pecho y amenazan mis rodillas, que me sostienen por pura inercia.

Frente a mí hay un chico que me mira tan asombrado como lo estoy yo. Un chico cuyo rostro me sé de memoria de tanto mirarlo; me pregunto si lo he invocado con su música. Entonces parpadea y, en la fracción de segundo en que sus ojos quedan fuera de mi visión, mi cerebro comienza a funcionar.

«¡Madre mía, me he vuelto loca!», me digo a mí misma. Que la pitonisa a la que mi hermana me ha arrastrado esta mañana me haya echado una maldición y que mi mejor amiga acabe de contarme que sale con mi ex ha sido suficiente para que pierda la cabeza por completo.

Los ojos verdes de mi inesperado visitante brillan maliciosamente mientras me observa en silencio. Su cabello castaño está más revuelto de lo que acostumbra, y su boca ligeramente entreabierta forma una pequeña «o» que, si no fuera por lo surrealista de la situación, me haría reír como una boba.

Es imposible que Marcos Dorian, el cantante de Dr. Faust, el niño mimado del rock en este país, esté aquí plantado en mi cuarto de baño, mientras yo estoy desnuda. «¡Leñe! ¡Que estoy desnuda!»

Tardo tres segundos en coger la toalla y envolverme el cuerpo con ella, pero es demasiado tarde: en ese tiempo él ya le ha dado un buen repaso a mi cuerpo, y por su expresión no parece muy satisfecho con lo que ha visto. «¡No debería haberme comido el segundo gofre!»

Mi pelo rojo está chorreando por mi cara, y mis mejillas están tan arreboladas como mi cabello; sin duda estoy pintoresca, por decirlo delicadamente.

—¡Mierda! —exclama él, sin apartar la mirada de mí, y su voz me estremece como tantas otras veces lo ha hecho desde los escenarios—. Definitivamente, estoy muerto —murmura bajando la mirada hasta su entrepierna, que permanece impasible.

Mi ego decae varios enteros.

—¿Muerto? —pregunto con la voz más estridente que me he oído nunca.

—¡Seguro! —afirma volviendo a mirarse, para un instante después clavar sus ojos verdes en mí—. Si estuviera vivo, no estaría tan quieta.

—¡Joder! Ni siquiera cuando alucino consigo que se fije en mí —mascullo para mí, molesta por haber perdido el juicio.

## Unas horas antes...

—**S**ANDRA, tienes que venir con nosotras —dice mi hermana al tiempo que tira de mi brazo para que me levante.

Estoy tranquilamente sentada en la cafetería que hay debajo de mi casa. Es sábado y los sábados no cocino, y sí, preparar un té con leche también está considerado cocinar.

—Ni en sueños. Sabes que esas cosas no van conmigo —respondo, y miro a mi mejor amiga esperando que me ayude a deshacerme de mi hermana pequeña y sus locuras.

—Virginia tiene razón —secunda la muy traidora—, necesitas un poco de ayuda extra. Desde que Jaime te dejó estás muy mal, prácticamente no sales y ahora te ha dado por aprender inglés.

Esto es el colmo, mi hermana no soporta a Cris y Cris no soporta a mi hermana. ¿Qué me he perdido?

—Ni Jaime me dejó ni yo estoy mal. Me he apuntado a aprender inglés porque tengo inquietudes y quiero ver las películas de James McAvoy en versión original. ¿Algún problema?

—Sandra... —empieza a decir mi hermana, pero la corto antes de que siga con la perorata que sé que viene a continuación.

—No pienso ir a que ninguna pitonisa de tres al cuarto toque mi aura, ¿está claro? —Cuanto antes lo entiendan, antes podré disfrutar tranquila de mi desayuno.

Mi hermana juega su última baza y me mira con la cara de cachorrito abandonado que se reserva en exclusiva para que mi madre ceda a sus

caprichos. Mal, muy mal. No voy a poder resistirme y lo sabe. Eso es jugar sucio.

—Por favor, Sandra. Hazlo por mí. Puede que tú no creas en esto, pero realmente funciona; ya verás lo maravillosa que es tu vida mañana. — Acompaña la petición con un puchero y yo, como hermana mayor protectora, acabo cediendo.

Estoy a punto de decirles que mi vida ya es maravillosa, pero recuerdo las enseñanzas de mi abuela: «mentir es pecado», y me muerdo la lengua con fuerza.

—Vale, iré —concedo, haciéndome la dura mientras le doy un último sorbo a mi taza de té con leche.

\* \* \*

«Al menos no hay telarañas», pienso al entrar en el local en el que la bruja limpia-auras trabaja. No sé si sentirme decepcionada o aliviada. Vale que odie las arañas, y que tenga alergia al polvo, pero sin ellas una no se pone en situación.

Cris me frota el brazo como si yo necesitara que me dieran ánimos, y mi hermana me sonrío satisfecha por haberse salido con la suya.

Una chica de unos dieciocho años, con el pelo azul, nos pide que esperemos, añadiendo que madame Remmy está ocupada. Señala unos sillones para que nos sentemos mientras termina con el cliente de las once. Me doy cuenta de que es como en la consulta del dentista, incluso hay revistas para amenizar la espera. Las reviso y vuelvo a sentirme decepcionada: no hay más que prensa del corazón. Esta pitonisa empieza a parecerme una estafadora, y eso que todavía no la he visto.

Diez minutos después se abre la puerta que tenemos en frente y un señor calvo con los ojos rojos pasa por delante de nosotras hacia la puerta. A pesar de sus ojos, que delatan que ha estado llorando, sonrío, así que me animo pensando que lo que me espera puede que no esté tan mal.

No. Es peor.

No debería fiarme de los demás. La culpa es del señor que ha entrado

antes que nosotras, que me ha dado esperanzas. «¡Qué crédula soy, por Dios!»

Para empezar, la tal madame Remmy no tiene nada de francesa. Habla español tan bien como cualquiera que haya nacido y crecido aquí, pero lo que más me molesta de ella es que, antes de que nadie explique el motivo de nuestra visita, me sorprende diciéndome que tengo el aura muy oscura, y que eso repercute en mi calidad de vida. ¿Calidad de vida?, ¿en serio?

Y aunque me molesta tremendamente ser justa, he de reconocer que esta pitonisa es adivina.

Mi hermana asiente enérgicamente y la pone al día de lo que ella considera que son las razones de que mi aura esté ennegrecida:

1. Se me escapa alguna que otra palabra mal sonante.
2. Me ha dejado mi novio. (Mentira, lo dejé yo a él.)
3. La semana que viene habré superado el cuarto de siglo. (Odio cumplir años, aunque, si lo pienso bien, sería peor no hacerlo.)
4. Suspendí a la mitad de mis alumnos. (Ahora también es culpa mía que ellos no estudien...)
5. Me reí cuando a Paloma, la vecina cotilla de mi madre, se le enganchó la falda en las braguitas cuando fue al baño y luego paseó su trasero por toda la ciudad. (Parece ser que reírse de las cosas que hacen gracia enturbia el aura.)

Madame Remmy escucha en silencio cada palabra de la entrometida de mi hermana, mientras yo la observo a ella.

Debe de ser la madre de la chica del pelo azul, tiene la misma cara y unos cuantos años más. Seguro que ella tampoco tiene suerte con los hombres, deduzco al ver sus manos llenas de baratijas, pero sin ningún anillo de casada. «¡Madre mía!» Si sigo así voy a empezar a sentir lástima de ella y todo.

—Te prepararé unas hierbas para que te las tomes antes de acostarte —me

dice la buena mujer, sacándome de golpe de mis cavilaciones.

—A ver, señora pitonisa, que lo que quiero es que me limpien el aura, no que me purguen —le explico con paciencia.

Por la cara que ha puesto, deduzco que no le ha sentado bien mi comentario. Así que le sonrío condescendiente; tiene que practicar la paciencia, trabaja cara al público y eso es primordial en su profesión.

—¿Crees que la magia es divertida? —pregunta muy seria.

Reflexiono sobre lo que me ha planteado para darle una respuesta sincera y meditada.

Veamos: Harry Potter sí, es divertido. Pero sobre todo me he reído mucho con Ron Weasley. Sigamos: Gandalf; no lo es tanto. ¿Quién más practica magia? ¿Merlín? Bueno, sí que es divertido. Joseph Fiennes suele alegrarme la vista, y en la última serie que vi interpretaba al famoso mago. Decidido, sí, la magia es divertida.

—Sí, señora pitonisa. La magia es muy divertida.

Noto cómo clava sus ojos castaños en los míos y siento un escalofrío que me recorre la espalda. «¡Qué siniestra!», pienso.

Me giro a mirar a mi hermana, que me pone cara de «escóndete debajo de la mesa y reza todo lo que sepas».

—No crees en la magia —me suelta sin rodeos.

—Tampoco es eso; creo en la magia de la naturaleza, el nacimiento de un niño y esas cosas.

—Para esas cosas hace falta amor. Y el amor es magia —afirma sin apartar los ojos de mí. Parece que esté estudiando cada uno de mis gestos.

Estoy a punto de explicarle que para esas cosas no es imprescindible el amor cuando siento el tacón de Virginia clavarse en mi empeine. «¡Dios, cómo duele!»

—Pse. —¡Toma ya! Una respuesta perfecta, ni admite ni niega. A veces soy un genio.

—No me digas que tampoco crees en el amor. —Aparentemente es una petición, pero algo me indica que no debo complacerla.

Antes de que le conteste, Cris, mi mejor amiga, se me adelanta y le responde por mí.

—Su novio acaba de dejarla. Está un poco afectada. Por eso hemos

venido.

—Jaime no me ha dejado —les explico por enésima vez—. Lo dejé yo antes de que lo hiciera él. Nuestra relación no funcionaba; sé que le rompí el corazón, pero tenía que hacerlo.

Las tres (pues supongo que la pitonisa también lo intuye, o al menos debería, puesto que es vidente) saben que no es cierta ni una palabra de lo que he dicho. Jaime me dejó porque se estaba viendo con otra persona. Intenté averiguar quién era, pero el papel de espía se me da fatal y lo perdí en cuanto giró la esquina de su casa.

—Sí, sí... Eso —responde Cris, dándome la razón con poca convicción.

—Ya veo.

—Claro que lo ve: si es pitonisa... —replico, pero mi broma no le hace gracia a nadie.

Madame Remmy se levanta tan rápido que casi vuelca la silla en la que estaba sentada. Sus dedos, que en esta ocasión sí entran dentro de los cánones de las brujas, huesudos y llenos de sortijas, me apuntan acusadores.

—Tú, estás condenada a no conseguir nunca el verdadero amor. Lo encontrarás, lo conocerás, pero no vas a poder disfrutarlo. No hasta que seas capaz de creer.

El grito de Virginia me pone en alerta. Aquí pasa algo grave; mi hermana nunca grita, es capaz de matar cucarachas casi sin pestañear.

—¿De qué habla? —le pregunto. Todavía está mirando horrorizada a madame Remmy.

Es Cris, con su exasperante pragmatismo, quien me informa de lo que sucede:

—Creo que acaba de maldecirte. Y otra cosa, Sandra: estoy saliendo con Jaime. Espero que no te importe, ahora que el amor es un imposible para ti.

—¿Tú eres la zo... la fresca que se ha metido en medio? ¿Dónde está la cámara oculta?

Miro a mi hermana en busca de la confirmación de que todo es una broma, de apoyo moral o lo que sea, y me encuentro con su actitud acusadora.

—¿Sabes?, podrías estarte calladita de vez en cuando —me regaña.

No, si encima va a ser culpa mía que mi mejor amiga me haya robado el

novio y que la bruja me haya echado mal de ojo. Si creyera en estas cosas, estaría acongojada; la pitonisa lo hace realmente bien.

## Loca por volver a saber de ti...

—¿NO vas a decir nada? —le pregunto a Marcos ahora que ya estoy vestida y decente.

—Eres un poco rara. Deberías estar gritando.

—¡Rara! —exclamo en un tono irritado que me sorprende—. No era exactamente lo que esperaba que dijeras, pero supongo que me sirve. Está claro que mi mente no da para más.

La locura podría darme un respiro, por Dios, o al menos unas frases románticas en las que regocijarme.

—Estás estupenda. Es como si por ti no pasaran los años —añade con una sonrisa melosa.

Justo lo que no quería que dijese, no es buena idea que me halague, sobre todo si es verdad que está muerto o definitivamente estoy trastornada. Llevo enamorada de él desde los quince años, cuando el profesor de inglés nos hizo sentar juntos para que practicáramos conversación por parejas.

El instituto terminó y Marcos se convirtió en una estrella de la música, poniendo punto final a nuestra amistad. Como a la postre todo quede en enajenación mental, ya me veo de fan acosadora.

Me pregunto si alguna vez se ha acordado de mí. Nunca me ha llamado, ni siquiera cuando su grupo ha tocado aquí.

—No hace tanto tiempo, ¿sabes?

—Aun así, estás preciosa.

Punto para el roquero, concedo a regañadientes. Pero sus halagos no van a desviarme del tema que quiero tratar.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué hace Marcos Dorian en mi casa?

—Para ti no soy Marcos Dorian, soy Marcos Fernández, y estoy aquí porque estoy muerto —responde encogiéndose de hombros.

Pues sí que se lo ha tomado bien.

—No estás muerto, pero no te pregunto por eso. ¿Por qué, de todos los sitios del mundo en los que podrías estar, estás aquí, conmigo?

—No lo sé —contesta, pero tengo la sensación de que me esconde algo—. Lo único que recuerdo es estar de pie parado frente a la puerta de tu cuarto de baño, abrirla y toparme contigo para descubrir que eres pelirroja natural. ¡Y yo que siempre había pensado que te teñías!

Su comentario hace que me debata entre sentirme halagada o avergonzada; me decanto por el halago, teniendo en cuenta que Marcos Dorian, o Fernández, acaba de confesarme que ha pensado en mí.

Me está mirando fijamente, esperando que diga algo, que le siga el juego, pero ya no tenemos quince años, aunque mi hermana de vez en cuando me acuse de ello.

—Hagamos una prueba. Tenemos que comprobar si realmente estás muerto.

No contesta, se limita a asentir con la cabeza.

Me levanto del sofá y me acerco hasta él. Está sentado en una de las sillas del comedor; tiene las piernas separadas y, aunque sé que es una locura, me coloco entre ellas, tan cerca de él que el corazón se me acelera en el pecho y estoy segura de que suena más fuerte que la batería del grupo en el que canta. Acerco la mano hasta su cabello, ese pelo que he querido tocar desde siempre. Él contiene la respiración, tan expectante como yo... Avanzo los milímetros que me separan de él y... mi mano atraviesa su imagen. Repito el gesto y vuelve a suceder lo mismo. Un hormigueo en mis manos. Nada más.

Oigo un suspiro frustrado y sé que no ha escapado de mi garganta, porque me he esforzado mucho en retenerlo.

—Ya te dije que estoy muerto. —¿Ese tono es de suficiencia?, me pregunto.

—Puedo olerte, ¿sabes? No entiendo por qué no puedo tocarte. Y deja de afirmar que estás muerto. Acabo de buscar en Google, no sale la noticia.

Lo que me lleva al punto de partida. ¡Estoy loca de atar!

—No puedes estar loca.

—¿Se puede saber por qué? —¿ha venido a mi casa a decirme lo que puedo y no puedo estar?

—Yo también te veo y te huelo. Y si no fuera porque estoy muerto diría que mi mente está perfectamente sana.

¿Y si tiene razón?

—¿Entonces por qué no puedo tocarte? En las películas la protagonista siempre siente unos dedos fríos rozarle la nuca, y esas cosas.

—Quizás no seas una médium muy capacitada. Te debe fallar el aura — me espeta con una sonrisa de disculpa.

Salgo del hueco entre sus piernas y le miro como si acabara de descubrir la penicilina.

—¿Qué-has-di-cho?

—Era una broma, Sandra. Si no fueras una buena médium no estaríamos hablando. De verdad que no creo que tengas mal el aura. La razón por la que no puedes tocarme es porque soy un fantasma. Ya sabes, somos entes incorpóreos y todo eso. El cine es poco riguroso.

Se ve adorable intentando subirme la moral.

Vale, adorable no es exactamente la palabra. ¿Sexy?, ¿tentador?, ¿delicioso? Se acercan más.

—Ya te he dicho que no estás muerto. Si lo estuvieras, la noticia habría salido en todas las cadenas de televisión. Dame un segundo —le pido, y me encamino a toda prisa a la cocina.

«¿*Dónde narices* he metido las hierbas que me dio la chica de pelo azul?» Con lo caras que me costaron, debería haberlas puesto en un pedestal en lugar de en algún rincón olvidado de la cocina.

A pesar de que no ha hecho ruido, no necesito girarme para comprobar que Marcos está detrás de mí. «Es imposible que esté muerto», me digo para convencerme a mí misma. Me asusta comprobar que prefiero estar loca a que él esté muerto. No obstante, aparto ese pensamiento y sigo buscando las hierbas hasta dar con ellas en el armario de los productos de limpieza. «Muy apropiado», me felicito mentalmente.

—¿Qué haces?

—Limpiar mi aura —le respondo. Pongo agua a calentar y vierto el saco

completo de hierbas, que deben ser efectivas porque huelen como los desinfectantes que uso para el baño.

—¿Piensas lavarte con eso? —La risa burbujea en sus palabras.

Me siento sobrecogida por ella; la única razón por la que soy capaz de pensar y actuar es porque todavía no he asimilado que Marcos está aquí conmigo. Estoy segura de que, en cuanto deje de moverme, mi cabeza va a sobrecargarse y me dará un patatús nervioso.

—No, voy a bebérmelo, y creo que tú también deberías probarlo. — Primero lo digo para molestarlo, pero después me doy cuenta de que tiene mucho sentido.

—¡¿Qué?!

—Debe haber alguna razón por la que te puedas sentar en mis sillas y abrir mis puertas pero no puedas tocarme. Una razón que explique por qué estás en mi casa. Y estoy casi segura de que es por culpa de esa pitonisa del tres al cuarto que ha estado jugando con mi aura y maldiciéndome.

¡Mierda! ¿Será esto la consecuencia de su estúpida maldición? Marcos Fernández fue mi primer amor. Cuando él se marchó me quedé destrozada y dejé de buscar al príncipe azul. Por eso me conformé con la rana que resultó ser Jaime.

—¿De qué hablas?

—Puede que ahora sea vidente —respondo para no explicarle lo que realmente creo.

Marcos se ríe con tanta fuerza que tengo la sensación de que no va a parar nunca. Decido ignorarlo y saco del fuego el cazo en el que he hervido las plantas de madame Remmy. Las suelo y las distribuyo a partes iguales en dos vasos. Marcos deja de reír en cuanto adivina mis intenciones. Saco la azucarera del armario y me regalo cuatro cucharadas colmadas; en esos momentos lo que menos me preocupa es contar calorías.

—¡Bébetelo!

—Sandra, yo... No creo... Lo mejor es...

Levanto el dedo índice con autoridad, igual que hacía nuestro profesor de inglés cuando quería hacernos callar, y me siento maravillosamente bien cuando dejo de oír sus pobres intentos de poner excusas. Ojalá el gesto fuera tan efectivo con mis alumnos.

—Ponme cinco de azúcar —me pide con gesto resignado. Tiene toda la pinta de saber a rayos.

\* \* \*

Estoy dormitando en el sofá, a la espera de que el brebaje haga su efecto. A pesar del azúcar que le hemos puesto, ha sido lo más asqueroso que he probado jamás, así que, por el bien de madame Remmy, espero que funcione.

El sueño me vence, pero incluso dormida escucho a Marcos cantar mi canción favorita:

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

*Hace tanto tiempo que te fuiste  
que temo que no seas más que un sueño.*

*Vuelve a hacerlo, hazlo una vez más.*

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

Me imagino que la escribió para mí, que me está pidiendo que lo bese, que me quede con él. Sueño que me toca el cabello, y me duermo profundamente.

Abro los ojos aturdida; siento los párpados pesados, de modo que se me

cierran y tengo que esforzarme en mantenerlos abiertos. He tenido un sueño que ¡guauuuuuuu!

—Buenos días, dormilona.

Doy un salto capaz de competir con los que da el gato del vecino y me encuentro de pie frente a Marcos Fernández. Mi amigo de la adolescencia, el chico del que estuve colgada hasta los dieciocho. Después se marchó a la capital y se hizo famoso, mientras yo me licenciaba en Física, aprobaba las oposiciones y me ponía a trabajar de lo mismo que odiaba cuando era adolescente: de profesora.

—No ha sido un sueño... —digo, todavía dormida.

—No hemos tenido sexo. Así que estoy seguro de que sí ha sido un sueño —me suelta burlón.

Estoy a punto de replicarle cuando recuerdo cierta escena de mi sueño que es imposible que sea verdad. ¡Mierda! Ahora no voy a dejar de pensar en ello, como si necesitara ayuda extra para hacerlo.

—¿Crees que la poción habrá hecho efecto? —me pregunta, y parece ansioso por comprobarlo.

Tentador. Muy tentador.

—Siéntate —le pido señalándole la misma silla en que hicimos la prueba la última vez.

Vuelvo a colocarme entre sus piernas y, al igual que la vez anterior, su olor penetra en mi cabeza, embotándola y llenándola de ideas que me muerdo por hacer realidad. En un arranque de determinación, decido que en esta ocasión voy a hacerlo bien. No voy a tocarle el cabello, ya habrá tiempo para eso. Voy a hacer realidad uno de los sueños de la noche pasada, y que sea lo que Dios quiera. Aunque confieso que espero que quiera lo mismo que yo.

Inclino con cuidado la cabeza hasta ponerla a su altura. Marcos me mira expectante como si supiera lo que pretendo hacer. Me acerco un poco más y nuestras narices se rozan; la chispa es inmediata y explosiva. Cinco segundos después, siento sus manos en la nuca empujándome hasta que mi boca está sobre la suya. Su lengua sale a mi encuentro, y la mía, eufórica, la acaricia dándole la bienvenida.

Estoy tan perdida en el beso que doy un respingo cuando siento su dureza presionando contra mi cuerpo. A regañadientes separo mi boca de la suya

para comprobar que me he sentado a horcajadas sobre él.

—Parece que ha funcionado —le digo sin dejar de rodearle el cuello con los brazos. Algo que ni siquiera recuerdo haber hecho.

—Me pregunto si...

—¿Qué?, ¿qué te preguntas?

—Ya sabes, si podríamos...

No lo dejo terminar, vuelvo a abalanzarme contra sus labios mientras contoneo las caderas sobre su regazo. Me siento satisfecha cuando gime en mi boca y me trago sus quejidos.

Sus manos me presionan el trasero, empujándome más sobre su erección, y yo profundizo el beso; mi lengua acaricia cada recodo de su boca y mis manos tiran de su pelo para acercarlo más a mí. Estoy más excitada de lo que lo he estado nunca. Y justo cuando creo que voy a ser capaz de llegar al clímax sólo con sus besos, siento sus manos por debajo de la tela de mi pantalón de pijama.

Estoy tan obnubilada que me cuesta comprender que desea quitármelo. Me levanto de mala gana de su regazo y le permito que lo haga al tiempo que yo me esfuerzo en desabrocharle los botones de los vaqueros negros que lleva puestos.

—¿Aquí? —me pregunta con la voz ronca.

—Sí —le digo mientras tiro de los pantalones para liberarlo, lo que le obliga a levantarse de la silla para que pueda bajárselos junto con los bóxer.

La visión hace que se me seque la garganta y que sienta la necesidad de mojarme los labios. Me siento triunfal cuando cierra los ojos con fuerza intentando controlarse. Victoriosa y ávida por probarlo. Le pongo la mano sobre el pecho y lo empujo para que vuelva a sentarse; entonces me agacho a sus pies y le quito las botas y los pantalones. Levanto la mirada y lo encuentro observándome: vuelvo a relamerme y, antes de que pueda reaccionar, me llevo su miembro a la boca y lo succiono con delicadeza.

Sus dedos se enredan en mi pelo y yo deslizo mi lengua de arriba abajo por el grueso tallo, jugueteando hasta llevarnos a los dos al límite.

—¡Para! —me pide con la voz entrecortada—. Así no.

Me toma de los brazos y hace que me levante y vuelva a sentarme a horcajadas sobre él, sólo que esta vez no hay nada que me impida sentir la

calidez de su piel. Me sorprende sentirlo así, pero no tengo tiempo para pensar, así que me dejo llevar y me levanto lo justo para deslizar mi mano entre nuestros cuerpos, guiándole dentro de mí. Colmándome, completándome como si fuera la pieza del puzle que me faltaba.

Gruñe debajo de mí cuando comienzo a balancearme. Primero despacio, deleitándome con cada movimiento que lo hunde más profundamente en mi cuerpo. Más rápido después, marcando un ritmo que nos enciende y nos quema. Marcos empuja desde abajo y yo busco fundirme con él en cada envite. Nos dejamos llevar a la vez y disfruto del clímax más intenso que he sentido jamás.

Me dejo caer desmadejada entre sus brazos y él me rodea con ellos, reteniéndome más cerca. Estoy agotada; no obstante, cuando vuelvo a sentirle dentro de mí, consigo apartarme lo justo para mirarle a los ojos.

—¿En serio?

—No me mires así, la culpa es tuya —dice riendo, y el movimiento que provoca su risa vuelve a activar mis terminaciones nerviosas.

—Interesante —musito, y vuelvo a besarlo.

## Sabor de amor, todo me sabe a ti...

**S**ALGO de la ducha a toda prisa. Lo único en lo que pienso es en pasar más tiempo con Marcos. Todo el que pueda. De manera que me visto en tres minutos y entro en el salón buscándole. Está sentado en mi sofá, y verlo en mi espacio me corta por un instante la respiración.

Como si supiera lo que estoy pensando, clava su mirada verde en mí, y veo un brillo especial en sus ojos.

—¿Por qué tienes esa cara de satisfacción? —pregunto con suspicacia.

Marcos finge sorprenderse por mi pregunta.

—Creía que había sido memorable. Me hierde que se te haya olvidado tan pronto.

—No seas melodramático —le espeto con la sospecha de que me oculta algo—. Tu cara no es solo por el sexo.

—Eres un poco mal pensada.

—Y tú evasivo —Contraataco, poco dispuesta a conformarme.

Levanta los brazos teatralmente, como le he visto hacerlo en sus conciertos. Como dejando a su público que sea el que dirija la canción. Así que deduzco que se está rindiendo.

—De acuerdo. Mientras te duchabas he estado usando tu ordenador.

Aquí me ha pillado completamente descolocada.

—¿Y?

—Tienes mi página web en favoritos.

¡Mierda! Ahí me ha pillado.

—Me gusta tu música. No sabía que eso fuera un pecado.

—No intentes escaquearte. —Se levanta del sofá en dos movimientos, elegantes y ágiles. Le veo encaminarse hasta mí, y tengo que concentrarme en respirar—. No estoy hablando de la página del grupo sino de la mía...

—No sabía que hubiera otra. Estoy un poco desinformada. La buscaré.

—Vale —concede, para evitar que siga sintiéndome avergonzada.

Pero su mirada es todavía más brillante que antes. Con toda seguridad porque sabe que no es el grupo lo que me interesa.

\* \* \*

Deslizo los dedos por su codo, repasando con ellos el tatuaje que lleva y que me tiene hipnotizada: una tela de araña que baja por el antebrazo y el codo, para terminar finalmente a mitad del brazo.

—Me gusta tu tatuaje. Es siniestro, pero me encanta.

—¿Siniestro? —exclama riendo.

—No me llevo muy bien con los bichos, en general, y con los de ocho patas, en particular.

—Me acuerdo.

—¿De verdad? —pregunto, asombrada y muy satisfecha.

—Recuerdo todo lo que tiene que ver contigo. De hecho, aún no puedo creer que acabe de cumplir uno de mis sueños más antiguos —comenta Marcos mientras me besa el cabello.

—¿De qué hablas?

—Tú y yo, hace un rato, la silla, tu cama, otra vez tu cama...

Me incorporo en el sofá, donde estamos viendo un programa de cotilleos para comprobar si hablan de él, y lo miro intentando adivinar qué quiere decir.

—No me mires así, estaba colgado de ti en el instituto.

—Eso es imposible —replico, sentándome recta mientras la cabeza me da vueltas.

—Pareces sorprendida.

—Es que puede ser. La que estaba colada por ti en el instituto era yo, tú tonteabas con todas. Fui yo la que no salió con nadie esperando a que te

fijaras en mí —confieso en un arranque de sinceridad incontrolada.

—No puedes hablar en serio. Todo el mundo sabía que me gustabas.

—Todo el mundo menos yo. ¿Por qué no me lo dijiste? —pregunto antes de que mi cabeza filtre mis pensamientos.

—Nunca me trataste como algo más que un amigo. No quería meter la pata contigo y estropearlo.

—Hace mucho tiempo. Ya no importa.

Marcos va a responder cuando Adam Levine lo interrumpe desde mi iPhone:

*I'm at a payphone trying to call home.*

*All of my change I spent on you.*

*Where have the times gone,*

*baby, it's all wrong, where are the plans we made for two?*

*Yeah, I, I know it's hard to remember*

*the people we used to be.*

*It's even harder to picture*

*that you're not here next to me.*

*You say it's too late to make it,*

*but is it too late to try?*

*And in our time that you wasted*

*all of our bridges burned down.*

*I've wasted my nights.*

*You turned out the lights.*

*Now I'm paralyzed,*

*still stuck in that time when we called it love.*

*But even the sun sets in paradise.[1]*

Arquea una ceja y yo me río mientras busco mi móvil por el salón.

—¿Qué pasa? Tengo debilidad por los morenos tatuados. Ya lo sabes. —  
Le guiño un ojo antes de pulsar la tecla de responder.

Ni siquiera me he fijado en quién llama.

—¿Sí?

—Sandra, soy Cristina. Quería saber cómo estabas y no me he atrevido a pasar por tu casa para comprobarlo. —Su tono es cauteloso. Lo dice todo de corrido, como si esperara que le cuelgue.

—No, no vengas —replico—, ahora mismo no tengo muchas ganas de verte. —Puede que sea cierto, pero la razón principal por la que no deseo que venga es Marcos. No quiero perder lo que tenemos, sea lo que sea. Y tengo la sensación de que, cuando alguien más entre en mi piso, perderé la conexión con él. Es algo absurdo, pero no por ello deja de tener cierto peso en mí.

—No lo hicimos a propósito. Simplemente pasó, Sandra. No quiero perderte —farfulla con la voz ronca.

—Deberías haberlo pensado antes de acostarte con mi novio. Entiendo que te enamoraras de él. De verdad que lo entiendo, Jaime es maravilloso, pero eso no justifica que me engañarais.

Marcos ha clavado sus ojos en mí, y me mira con una expresión que no logro descifrar.

—Lo siento. Pero no pasó como tú dices, nosotros...

—No quiero saberlo, Cristina. Dame unos días, ya te llamaré yo cuando pueda hablar contigo sin ser cruel.

—De acuerdo —accede. Seguramente ha conseguido de mí más de lo que había imaginado antes de llamarme.

Cuelgo el teléfono y me quedo parada en el mismo sitio en el que he estado hablando con mi antigua mejor amiga.

Busco con la mirada a Marcos, pero no está en el mismo sitio desde el que me miraba unos minutos antes. El pánico comienza a adueñarse de mí. ¿Dónde está? Se encontraba aquí hace un segundo. ¿Ha desaparecido para siempre?

Me muevo a toda prisa por mi casa, entrando y saliendo de todas las habitaciones, buscándolo, aun sabiendo que no lo voy a hallar.

Me siento en el suelo del salón y las lágrimas me resbalan por las mejillas: lloro de impotencia y también de miedo.

Sé que lo que he vivido es real, y también sé que es culpa mía que Marcos se haya marchado. Casi no hemos tenido tiempo; apenas he rozado con las puntas de mis dedos la felicidad y ya me la han arrebatado.

Levanto la cabeza justo en el instante en el que oigo pronunciar su nombre: en televisión se anuncia que Marcos Dorian ha cancelado varios conciertos de su gira por problemas de salud.

Mi estómago se contrae por la emoción. ¡No está muerto!

# Marcos se ha marchado para no volver...

**M**E doy una vuelta más en la cama, pero no me levanto. Lo malo de estar de vacaciones es que no tengo ningún motivo para madrugar.

Me he peleado con mi mejor amiga, mi hermana está enfadada conmigo por culpa de la pitonisa que me maldijo y he perdido al mismo chico dos veces.

A pesar de todo me desperezo y me arrastro hasta la ducha. Soy una mujer con un propósito: descubrir qué le ha pasado a Marcos y dilucidar si hay relación entre lo que sea que le ha hecho aparecer en mi casa y mi supuesta maldición. Me paro en medio del pasillo. Vale. Tacho lo de supuesta, está claro que me han echado mal de ojo.

Al entrar al cuarto de baño, esbozo una sonrisa triste: nunca más miraré mi ducha con los mismos ojos. Siento la migración de las mariposas en mi estómago, pero me esfuerzo por no darle importancia.

Me ducho a toda prisa, enciendo el PC y, mientras se conecta, me preparo un té. Llevo dos días revisando los periódicos *on-line*, buscando información sobre Marcos, las páginas de sus fans... En estos momentos me siento más informada que la Wikipedia.

Una vez que tengo el té, lo sirvo en mi taza favorita, rosa chicle, y me meto en mi despacho; ya he googleado sobre maldiciones, fantasmas, viajes astrales y todo lo que he sido capaz de imaginar. Lamentablemente, no he encontrado nada que me ayude a hacerme una idea de lo que está pasando.

Casi sin darme cuenta llega la hora de comer; me levanto de un salto sin molestarme en apagar el ordenador. Cojo el bolso y salgo por la puerta como si se estuviera incendiando y tuviera que salvar la vida.

He quedado a comer con mi hermana; necesito un curso rápido sobre esoterismo y nadie mejor que ella para dármelo.

Me recibe con un «llegas tarde». Y un gesto de desaprobación cuando se fija en lo que llevo puesto.

¿Qué espera que haga? Lo que menos me interesa ahora mismo es estar guapa.

—Lo siento —le digo, y me acerco para darle dos besos en las mejillas.

Hemos quedado en un restaurante chino que hay cerca de mi casa, un local al que vamos a menudo; por eso nos dan la mejor mesa, la que queda aislada del comedor gracias al enorme acuario que lo preside. Justo lo que preciso para interrogar a Virginia sobre temas... delicados.

—Tengo que hablar contigo.

—Lo imaginé cuando me invitaste a comer —me contesta con una sonrisa.

Ok, me tiene calada.

—Eres mi hermana —le digo, porque no sé cómo empezar.

—Eso nos han dicho —bromea.

La miro mal, pero ni se inmuta.

—Si te cuento algo, ¿creerás que estoy loca? —tanteo, sin atreverme a explicárselo así, sin más.

—Seguramente, pero tampoco será una novedad: ya sé que estás loca.

—Suenan muy prometedor.

—Sandra, dispara —me pide con mala cara—. Estás empezando a asustarme. Y mi imaginación vuela entre que planeas asesinar a Cris por robarte el novio o cargarte a Jaime por salir con una golfa.

—¿Golfa?, ¿no se te ha ocurrido algo mejor?

—Ya sabes que no me gustan las palabrotas —afirma, cada vez más impaciente.

Virginia es demasiado directa y ansiosa. Tanto rodeo la está poniendo de los nervios.

—¿Te acuerdas de Marcos, mi compañero de clase en el instituto, el

cantante de Dr. Faust?

—Sí, claro que me acuerdo; te acompañé al último concierto que dieron aquí porque Cris estaba con fiebre.

Instintivamente me pregunto si realmente estaba con fiebre o era una excusa para quedar con Jaime, ya que yo iba a estar en el concierto y no iba a poder descubrirlos. El pensamiento me provoca una punzada en el pecho, pero no es por los celos, ni siquiera por el dolor. Es más bien tristeza. Siento que jamás voy a poder recuperar la amistad con mi mejor amiga.

Me esfuerzo en retomar el hilo de la conversación con mi hermana. Al fin y al cabo, es Marcos y no Jaime quien me interesa.

—¿Estás bien? —me pregunta Virginia.

—Sí, sí. Entonces te acuerdas de Marcos. Bien, pues ha estado en mi casa y... hemos tenido sexo.

—¿Qué? —Grita tan fuerte que temo que los clientes del restaurante nos rodeen para ver qué ha pasado.

—No te alteres. No he terminado.

—¿Qué hay más importante que haber tenido sexo con una estrella del rock? —¿desde cuándo mi hermana es tan *groupie*?

—Espera y verás. Él... No vino de la manera habitual.

—Me he perdido —confiesa mi hermana torciendo el gesto.

—Marcos... La primera vez que intenté tocarlo, lo atravesé. Entonces compartí mis hierbas con él... y tuvimos sexo. El mejor sexo de mi vida. Varias veces, pero eso no te importa, ni siquiera sé por qué te lo he explicado. —Lo suelto todo de carrerilla porque sé que, si me paro a respirar, no podré contárselo. Si pienso en lo que estoy diciendo, no seré capaz.

Virginia me mira en silencio con los ojos abiertos como platos y, cuando estoy convencida de que no va a decir nada, que va a coger el teléfono y va a llamar para que me encierren, me sorprende:

—Debe ser consecuencia de tu maldición.

—¿Me crees? —El asombro tiñe mi voz. Estoy a punto de llorar de gratitud.

—Claro que te creo. Si sigues las pistas es fácil de comprender. Incluso llega a tener cierta lógica —comenta más para sí misma que para que yo comprenda lo que dice.

—¿De qué hablas? —La gratitud empieza a desvanecerse: ¿se está burlando de mí?

—Madame Remmy te condenó a conocer el amor verdadero, y a no poder conservarlo. ¿No lo ves?

—Pues no.

—¿Desde cuándo estás enamorada de él? Y lo más importante, ¿desde cuándo está él enamorado de ti?

—Yo... desde siempre, supongo. Pero él no está enamorado de mí.

—Lo estaba cuando ibais juntos a clase. Y tampoco hay que ser muy listo para sumar dos y dos. Ha salido con Ada Silva, Noelia Prado y Elisabeth Reyes: ¿qué tienen todas en común?

Me encojo de hombros. ¿Que son ricas y famosas?

—Son pelirrojas, como tú —dice Virginia alzando las manos al cielo exageradamente—. No puedo creer que no te hayas dado cuenta.

—¿Piensas que era un fantasma?

—No; si estuviera muerto habría salido en la prensa y en la televisión. Debe ser otra cosa. ¿Viajes astrales?

—Ya lo he consultado, no creo que sea eso.

—¿Dónde está ahora?, ¿en tu piso?, ¿aquí con nosotras? —pregunta, y mira a mi alrededor.

—No. Desapareció hace dos días. Creo que voy a volverme loca de verdad. No sé cómo encontrarlo ni cómo arreglar esto. Necesito saber que está bien.

—Tranquilízate y déjame pensar —me pide Virginia.

Bien, eso puedo hacerlo. Asiento y me encuentro mejor, ya no me siento tan sola. Mi hermana hallará la respuesta y solucionaremos el problema.

Me paso las dos horas siguientes hablando sin parar para evitar pensar en lo que acabo de confesarle. En lo vacío que está mi casa sin él.

Antes de regresar a mi solitario piso, me acerco hasta la Fnac y me compro *Ghost*, para tener una excusa con la que llorar a moco tendido toda la tarde.

# Se me ponen si me besas, rojitas las orejas

**M**E despierto arrullada por mi canción favorita:

*No puedo hacerlo, me dices.*

*Un beso lo cambiará todo.*

*Nos arrastrará.*

*Y yo sé que tienes razón.*

*Sé que es cierto, pero no puedo dejar de rogártelo,*

*una y otra vez.*

*Di que sí. ¡Hazlo! ¡Bésame!*

Me acurruco en la cama; es la primera vez en estos tres días que me siento confortada, que no me encuentro sola.

La canción sigue sonando muy cerca de mi oído:

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

*Hace tanto tiempo que te fuiste  
que temo que no seas más que un sueño.*

*Vuelve a hacerlo, hazlo una vez más.*

*Bésame como si fuese a despertar,  
como si mañana tuviera algún sentido,  
como si con ello venciéramos a la muerte.*

Y en medio de mi ensueño recuerdo que no he puesto el despertador, que es imposible que la radio esté sonando, y que mi canción no suena como siempre... Por otro lado, es imposible que la música me acaricie el cabello.

Me incorporo tan rápido que la cabeza me da vueltas.

—Buenos días, bella durmiente —dice Marcos en un susurro.

Y mi respiración se acelera al mismo ritmo que lo hacen mi corazón y la sangre en mis venas.

—¿Dónde has estado? —pregunto volviendo a dejarme caer sobre el colchón, para acercarme a él. Necesito el contacto; es sorprendente cómo he pasado tantos años lejos de él y cómo ahora apenas sobrevivo a tres días teniéndolo lejos.

Está apoyado sobre un brazo, en el lado izquierdo de mi cama, el lado que dejo vacío cuando duermo. Parece que lo dejara para alguien, quizá para él. Lo único que acierto a pensar en ese instante es en lo completa que me siento. Ya no hay agujeros vacíos, ni huecos que rellenar: mi cama y yo estamos

completas.

—Necesitaba saber qué me ha sucedido. No puedo volver a perderte de nuevo. La primera vez era un crío; ahora que soy un hombre tengo claro que quiero tenerte en mi vida —expone alargando la mano para acariciar mi sien con dulzura.

Todavía me sorprende la calidez de su tacto, la reacción instintiva que su roce provoca en cada fibra de mi ser.

Siento un nudo en la garganta que me oprime tan fuerte que no creo que sea capaz de hablar. Pero me esfuerzo por hacerlo, necesito saber la verdad:

—¿Estás... muerto?

—No.

El alivio hace que las lágrimas escapen de mis ojos. «No está muerto, no está muerto, no está muerto...», me repito como un mantra.

—Estoy en coma. Las próximas cuarenta y ocho horas serán decisivas para que reaccione —me explica con absoluta tranquilidad al tiempo que sigue acariciando mis mejillas.

—Pero nadie lo sabe. No ha salido en los medios de comunicación. —Es imposible que sea público y que yo no me haya enterado, llevo tres días pendiente de su persona.

—Viajaba en el coche con Teo, el batería de Dr. Faust; él iba hasta las cejas de alcohol y... otras sustancias. Nos estrellamos contra la pared de cemento de su casa de La Moraleja. Nuestro agente ha pagado mucho dinero para que no se sepa, para que el accidente no se filtre a la prensa, y para que no acusen a Teo de conducción temeraria, e incluso puede que de homicidio involuntario.

El nudo sigue en su sitio, pero continúo empujándolo hacia abajo.

—¿Por qué apareciste en mi casa?

—¿Sabes eso que dicen de que cuando estás a punto de morir tu vida pasa en una fracción de segundo por delante de ti? En mi caso no fue así. Lo único que pasó ante mí fuiste tú..., junto con todos y cada uno de los momentos que hubiera querido compartir contigo y no pude.

—Marcos...

—No digas nada. Por favor, no digas nada. —Su voz suena entrecortada, y siento unas ganas enormes de abrazarlo. De estrecharlo contra mí para

siempre. Aunque «siempre» sea una palabra tan grande que asusta pensarla. Una palabra a la que probablemente no tengamos derecho.

Me dejo llevar por el impulso y me pego más a su cuerpo. De repente me molesta la sábana que nos separa, así que me deshago de ella en dos patadas y tiro de la camiseta negra que conozco tan bien, para que se ponga encima de mí. El peso de su cuerpo sobre el mío me hace sentir viva, pero necesito más...

Marcos no se mueve, me mira como si quisiera grabar en su memoria este instante, y el gesto consigue que me pregunte cuánto tiempo tenemos antes de que todo cambie. Me embarga la desesperación por perderlo. No, no quiero pensar en eso.

Tiro de su pelo para que baje la boca a la altura de la mía y lo devoro con un beso que pretende hacernos olvidar que esto terminará de un modo o de otro, pero lo hará.

Siento sus manos en mi cintura atrayéndome hacia su cuerpo mientras su boca traza un reguero de besos desde la garganta hasta las clavículas. No obstante, no se detiene. Desciende poco a poco hasta llegar al hueco entre mis pechos. Vuelvo a tirarle del cabello para guiarle hasta uno de mis senos y siento la risa de Marcos sobre mi piel, antes de que atrape un pezón entre los labios y jugueteo con él con su lengua.

El placer me embarga y lo único que puedo hacer es arquearme para que lo tome más profundamente en su boca.

Mientras me lame y mordisquea un pezón, tortura con pellizcos y caricias el otro.

Quiero sentir su piel, así que tiro de su camiseta y se la saco por la cabeza cuando se separa de mí; el camisón que llevo puesto sigue el mismo camino.

Marcos vuelve a dedicarse a mi boca, al tiempo que acaricia mis piernas. Siento sus dedos deslizándose por mis caderas, por la parte interna de mis muslos, hasta detenerse en la goma de mis braguitas.

En una caricia que me enloquece, arrastra su cuerpo sobre el mío hasta que su boca lame mi vientre y más abajo. Gimo de anticipación cuando mete los dedos por los laterales de mi ropa interior y la desliza hacia abajo liberándome de ella.

Sus dientes muerden con suavidad mis muslos. Gruño. No, no es ahí

donde quiero que esté su boca.

—¿Qué quieres? —me pregunta con una sonrisa que se adivina en su voz.

—Bésame.

—A tus órdenes —dice y vuelve a deslizarse por mi piel para arrasar mi boca.

Le empujo para que me mire a los ojos.

—Aquí no —le digo—, aquí —señalo la zona por debajo de mi ombligo.

Se ríe pero me complace, y yo me pierdo en cada movimiento de su lengua sobre mi piel.

Todavía estoy perdida en la neblina del clímax cuando le siento entrar en mí. Empuja tan adentro que lo siento en las entrañas. Entonces se mueve en mi interior, saqueando la última gota de lucidez que me queda.

\* \* \*

Estamos tumbados en la cama, disfrutando de la compañía del otro tras el torbellino que nos ha arrastrado hace un momento.

—Siento que no podamos hacer lo que hacen las parejas normales — comenta con la nariz metida en mi pelo.

—Ya hacemos lo que hacen las parejas normales —contesto riendo.

—¿No puedes pensar en otra cosa? —pregunta juguetón mordisqueando mi oreja.

—Si sigues por ahí, no.

Se ríe, y su risa hace que me invada un sentimiento contradictorio de temerosa felicidad. Me siento plena porque está a mi lado, pero ¿por cuánto tiempo?

¿Recordará algo de lo que ha pasado entre nosotros si se recupera?

Sé que tengo que llamar a Virginia, que tengo que liberarlo, que merece volver a su vida, aunque eso signifique que esté fuera de la mía.

Sus palabras me devuelven al presente:

—Me refiero a salir a cenar, ir al cine. Ya sabes. Algo más que sexo desenfrenado y fabuloso.

—Bueno, dudo que vayas al cine con las chicas con las que sales —

bromeo para alejar la desazón que siento.

—¿Estás celosa? No puedo creerlo, ¡estás celosa!

Mi pecho se agita al descubrir lo mucho que le gusta la idea.

—No lo estoy. —Abuela, perdona esta pequeña mentira.

—Bien, porque no hay ningún motivo para que lo estés. Tú eres, literalmente, la mujer a la que siempre he querido tener a mi lado.

Me trago las lágrimas y lo beso en respuesta.

# Contigo celebro y sufro todo mis alegrías y mis males

**M**E muero de hambre y no es fin de semana, lo que significa que toca cocinar. Me decanto por un plato rápido, ensalada César, y me pongo a cortar la lechuga, que voy colocando en un recipiente para luego lavarla.

Marcos está apoyado en la mesa de la cocina, mirándome.

—¿No piensas ayudarme? —le digo fingiendo reproche.

—No. Aquí estoy de maravilla.

Le pongo mala cara y sigo cortando la lechuga, aunque me cuesta concentrarme teniéndolo pendiente de cada uno de mis movimientos.

—Me encanta cómo se agita tu culito cuando cocinas. Me tiene hipnotizado —comenta con una sonrisa que me acelera la respiración.

No dejo de preguntarme cómo voy a continuar con mi vida cuando él ya no esté en ella. ¿Cuánto tiempo nos queda?, ¿horas?, ¿días? ¿Qué pasará si muere o si sale del coma?

—Es culpa mía que estés en una cama de hospital —confieso de sopetón.

Me mira sorprendido, pero no dice nada, espera a que continúe. Lo hago, hablo a través del nudo que tengo en la garganta.

—Mi hermana y mi mejor amiga me obligaron a visitar a una pitonisa. Yo... metí la pata, le hice ver que no creía en nada de lo que hacía, puede que me burlara un poco de ella y de su trabajo... Y ella, como venganza, me maldijo.

—¿Te maldijo? —pregunta ante mi repentino silencio.

—Conoceré el amor verdadero, pero no podré retenerlo. Creo que eres tú... Te quiero desde siempre. Quise a Jaime, pero eso no consiguió que me olvidara de ti, siempre has estado en mi vida. Estaba tan acostumbrada a quererte que no me di cuenta de que nunca había dejado de hacerlo. Seguí tu carrera, iba a tus conciertos, compraba tus cedés, pero no me percaté de que había más... Lo siento, lo siento tanto...

—¿Qué es lo que sientes, Sandra? Porque te aseguro que yo no lo siento. No fue culpa tuya el accidente, sino mía, por subir en el coche sabiendo que Teo no estaba en condiciones de conducir. Y lo que menos siento es que me quieras, porque yo te quiero desde el mismo instante en que pusiste tus bonitos ojos marrones sobre mí.

¡Me quiere!, Marcos me quiere. La revelación tiene un sabor agridulce. La escurridera se me cae de las manos. De repente ya no tengo hambre, no de comida, al menos. Tengo hambre de él, necesito saciarme y guardar reservas para cuando no esté conmigo.

Sé que Marcos está pensando lo mismo por el modo en que me mira.

Estoy a punto de abalanzarme sobre él cuando suena mi teléfono. Debería ignorar la llamada y besarlo, pero es Alaska cantando: «¿A quién le importa lo que yo haga? ¿A quién le importa lo que yo diga?...», la melodía que sólo tengo puesta para Virginia. Las rodillas me tiemblan ante lo que pueda decirme mi hermana.

Me seco las manos a toda prisa con el paño de cocina y cojo el móvil, respondo y siento mis pulsaciones en la sien. Tras una breve conversación, me cuenta que ha concertado una nueva cita con madame Remmy, que no me preocupe, que todo se va a solucionar. Le doy las gracias y cuelgo.

Marcos me observa, expectante; lo único en lo que yo puedo pensar es en que todavía disponemos de tres horas antes de tener que separarnos.

\* \* \*

Aunque nos recibe la misma chica de pelo azul, mi actitud en esta ocasión es distinta. Ahora sé que madame Remmy no es ninguna estafadora; buena prueba de ello es Marcos, sentado a mi lado en el sofá, a la espera de que nos

permita entrar en la consulta.

Mi hermana no puede apartar los ojos de mí, pendiente de cada uno de mis gestos. No tendría que haberle dicho que Marcos también había venido conmigo. Un error de cálculo que me está poniendo de los nervios.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de mirarme? —le pido al tiempo que la fulmino con la mirada.

—No te miro a ti —me espeta con aire ofendido.

—No, claro.

—Es cierto. Que no pueda verlo no significa que no sienta su presencia. No quiero que se sienta desplazado o ignorado.

Las palabras de mi hermana unidas a la risa sincera de Marcos apaciguan mi mal humor.

—Eso es muy considerado por su parte —dice mi novio invisible—. ¿Puedes decírselo?

—Marcos dice que eres muy considerada.

Vale. Me siento tonta diciéndolo, pero supongo que tiene razón.

—Gracias.

Virginia me dirige una sonrisa y yo le respondo con otra. Es tan fácil de contentar y, lo más importante, siempre está a mi lado cuando la necesito. Desde niñas. Mi hermana es uno de esos regalos inesperados que la vida te da y que no puedes más que agradecer eternamente. Da igual que consiga sacarme de quicio, que nos enfademos o que no estemos de acuerdo en casi nada. Pase lo que pase tengo la certeza de que podré contar con ella.

La aparición de la chica del pelo azul pone fin a mis pensamientos.

—Madame Remmy las recibirá ahora.

«¡Mierda!» Ahora sí que estamos cerca del final, sea cual sea éste.

\* \* \*

La mirada que me echa madame Remmy es cualquier cosa menos esperanzadora. Me sorprende el rencor que veo en sus ojos y, de algún modo que no consigo comprender, sé que esconde su propia historia y que yo he sido el canalizador de su frustración, de su dolor o de ambas cosas a la vez.

Me deja boquiabierta cuando mira en el lugar exacto en el que está Marcos y le sonrío. Es la primera sonrisa sincera que le veo esbozar. La chica del pelo azul también mira a Marcos, pero en ella hay timidez mezclada con admiración. Si me quedaba alguna duda de que eran madre e hija, acaba de disiparse. Las dos pueden ver a Marcos.

Nadie habla, y tengo la sensación de que todos esperan que sea yo quien empiece, que diga algo que quiebre el incómodo silencio.

Me aclaro la garganta y comienzo con una disculpa:

—Lamento lo que sucedió el otro día. No debería haber sido tan grosera. En mi defensa diré que me educaron para creer únicamente en lo que soy capaz de ver y tocar. Soy una científica, puede que sea cuadrículada, pero la vida es más fácil de ese modo.

El tacón de Virginia vuelve a clavarse en mi empeine. Cómo duele, aunque haya servido para que pille la indirecta.

—Lo que intento decir es que lo siento. Discúlpeme, madame Remmy. Marcos no tiene la culpa de mi estupidez. Y castigarme a mí lleva implícito que él también sufra.

Siento los dedos de mi roquero favorito presionar mi hombro.

Durante unos instantes nadie habla, nos miramos unos a otros, pero nadie rompe la quietud del silencio, hasta que la pitonisa suspira y se decide a hablar:

—No puedo hacer mucho por ti —explica mirándome fijamente.

—No deseo que haga nada por mí, lo que deseo es que haga algo por él —expongo señalando en su dirección, para que sepa que soy consciente de que lo ve.

—Sólo puedo ofrecerte dos opciones y sólo podrás escoger una. Sólo un deseo.

—Está bien —respondo. No necesito pensarlo, ya sé cuál es mi decisión.

—Puedes escoger que revoque tu maldición o bien que todo vuelva a la normalidad, con lo que ello supone.

—Quiero que Marcos vuelva a tener su vida.

Esta vez es él quien habla.

—¿Recordaré algo de lo que he vivido en estos días?

—No lo sé —murmura madame Remmy, y me sorprende el pesar que

detecto en su voz.

Mi hermana nos mira primero a una y luego a la otra, intentando adivinar a qué se debe la respuesta de la médium.

—¿Y si decido quedarme?, ¿y si quiero quedarme con Sandra?

—¡No! —grito, levantándome de la silla—. No puedes hacer eso. No debes desperdiciar tu vida por mi culpa. No lo voy a permitir.

—Ni siquiera sé si seguirías en este mundo una vez que hubieras muerto —expone madame Remmy—. No hay garantías.

—Te quiero, Sandra.

—Lo sé. Yo también te quiero. Por eso voy a elegir lo mejor para ti.

—Prométeme que me buscarás. Júrame que, si regreso y no recuerdo lo que ha pasado entre nosotros, vendrás a buscarme —me pide tomándome las manos y pegándome todo lo que puede a su cuerpo.

—Te lo prometo. —Pero sé que estoy mintiendo.

No tengo ningún derecho a buscarlo, ningún derecho a reclamarlo. Una semana juntos no es suficiente para obligarlo a estar conmigo. Él tiene su vida, su música, yo sólo sería un estorbo.

Nos separamos al terminar el instituto y ninguno de los dos buscó al otro. Siete años dan para mucho.

Siento las lágrimas calientes rodar por mis mejillas. Me las limpio de un manotazo y reúno todo el valor que me queda para pedirle a madame Remmy que devuelva nuestra vida a la normalidad. Una normalidad en la que Marcos y yo no estamos juntos.

# Quiero que siga así. Tu alma pegada a mí...

**S**É que he hecho lo correcto, que he elegido el deseo más justo, aunque ahora me sienta vacía y perdida en mi propia casa.

Al final, todos hemos salido ganando: la pitonisa ha demostrado que el amor verdadero existe; Virginia me ha convertido en una creyente, y mi aura vuelve a ser brillante. Y lo más importante: Marcos ha vuelto a sus giras, su música y sus sueños.

La semana pasada, por mi cumpleaños, Virginia me regaló dos entradas para el concierto que Dr. Faust va a dar en nuestra ciudad. Había decidido no ir, pero mi hermana insistió tanto que tuve que ceder.

Marcos estuvo la semana siguiente a su regreso sin dar señales de vida; después su agente ofreció una multitudinaria rueda de prensa para explicar que el grupo retomaba los tres próximos conciertos, y que luego se tomarían un año sabático para descansar.

Sé que tengo una promesa que cumplir; mi abuela debe estar regañándome desde el cielo, ya que me he saltado todas sus enseñanzas, pero no tengo fuerzas para hacerlo. ¿Cómo voy a decirle todo lo que pasó sin que crea que estoy loca?

Me permito un instante de melancolía antes de coger la bolsa de deporte para ir al gimnasio a quemar calorías. Como está cerca de mi casa decido ir andando, así que enciendo el iPod, me pongo los auriculares y me dispongo a pasar una tarde generando endorfinas, que buena falta me hacen.

Ya he recorrido la mitad del trayecto desde mi casa al gimnasio cuando mi iPod me la juega y comienza a sonar una canción que me eriza el vello de los brazos. Aun así no la paso, sino que decido escucharla hasta el final:

*And now when all is done,  
there is nothing to say.*

*You have gone and so effortlessly  
you have won.*

*You can go ahead tell them.*

*Tell them all I know now.*

*Shout it from the rooftops.*

*Write it on the sky line.*

*All we had is gone now.*

*Tell them I was happy  
and my heart is broken.*

*All my scars are open.*

*Tell them what I hoped would be  
impossible, impossible,*

*impossible, impossible.*

*Falling out of love is hard.*

*Falling for betrayal is worst.*

*Broken trust and broken hearts.*

*I know, I know...*

*Thinking all you need is there.*

*Building faith on love and words.*

*Empty promises will wear.*

*I know, I know...[2]*

La palabra se me queda grabada en la cabeza: Imposible. Imposible. Imposible.

Seguramente sea la palabra más triste que conozco.

Cuando regreso a casa, agotada por lo mucho que me he esforzado en el gimnasio con la única finalidad de dormir sin sueños, me encuentro con una rosa roja y un sobre encima del felpudo de entrada. Huelo la rosa, que va envuelta en un celofán transparente con diminutos corazones rojos, e intento adivinar quién la ha traído y por qué la ha dejado en la puerta.

¿Jaime, para disculparse por lo que me ha hecho? ¿Cristina, buscando recuperar nuestra amistad? ¿Marcos? No, no. No puedo permitirme este último pensamiento.

Saco las llaves de la mochila y entro en casa, con la nota todavía sin abrir.

Dejo la bolsa en el suelo y voy a la cocina a poner en agua la rosa. De camino rasgo el sobre y saco la nota. Una única palabra en medio del papel blanco: «Ven».

No reconozco la letra, ni tampoco comprendo el mensaje, pero de algún modo me reconforta que alguien se haya tomado la molestia de dejarme una flor tan bonita. Sea quien sea.

# **Pero la fuerza del destino nos hizo repetir...**

**D**ECIR que estoy nerviosa sería faltar a la verdad, porque sinceramente no me he puesto tan histérica en mi vida. He tardado horas en decidir qué ponerme para terminar seleccionando unos vaqueros pitillo y una camiseta de tirantes. ¡Leñe, que es un concierto! No puedo ponerme tacones ni vestido ni nada por el estilo, ¿cómo me ha costado tanto escoger el modelito?

Virginia ha pasado a recogerme a las ocho; quería que cenáramos fuera para celebrar mi cumpleaños, de modo que a las diez, cuando comienza el concierto, ya estoy un poco achispada por el vino de la cena, y es que no estoy muy acostumbrada a beber.

A la hora prevista salen los teloneros, y el público se vuelca con ellos: tocan bien y tienen estilo. No hay duda de que Marcos sabe lo que hace. Pensar en él consigue que recuerde que en menos de media hora voy a verlo de nuevo.

Finjo que no me importa, que no estoy a punto de ponerme a hiperventilar, y bailo con la música, haciéndome la tonta cuando mi hermana me observa por el rabillo del ojo.

Finalmente los teloneros se despiden y desaparecen del escenario, y el grupo al que todo el público ha estado esperando sale por los laterales del escenario. Marcos va vestido de negro. La camiseta que lleva puesta se ajusta a cada uno de sus músculos, y aunque no consigo verlos en la distancia, no me hace falta: conozco al detalle cada centímetro de su cuerpo.

—Buenas noches a todos —saluda Marcos, con entusiasmo. Nadie diría que hace unas semanas estaba debatiéndose entre la vida y la muerte.

El público grita en respuesta. Él sonrío y mueve el micrófono hacia abajo para captar los rugidos de los fans.

—El concierto de esta noche será nuestro último concierto durante una temporada, y quiero comenzar con una canción muy especial para mí. Se trata de una canción que escribí cuando tenía diecisiete años, pensando en una compañera de clase que me tenía loco.

El público vuelve a gritar y él sonrío.

—Es cierto, os lo prometo. Me tenía loco y aún me tiene loco. Esta canción va por ella; dondequiera que esté, espero que también se acuerde de mí.

*No puedo hacerlo, me dices.*

*Un beso lo cambiará todo.*

*Nos arrastrará.*

*Y yo sé que tienes razón.*

*Sé que es cierto, pero no puedo dejar de rogártelo,*

*una y otra vez.*

*Di que sí. ¡Hazlo! ¡Bésame!*

*Bésame como si fuese a despertar,*

*como si mañana tuviera algún sentido,*

*como si con ello venciéramos a la muerte.*

*Hace tanto tiempo que te fuiste*

*que temo que no seas más que un sueño.*

*Vuelve a hacerlo, hazlo una vez más.*

*Bésame como si fuese a despertar,*

*como si mañana tuviera algún sentido,*

*como si con ello venciéramos a la muerte.*

Mi hermana me grita en el oído para hacerse escuchar en medio de la música:

—No sé qué más necesitas. ¿Que te ponga un caminito de baldosas amarillas?

—Déjame en paz.

Virginia me hace caso y no vuelve a decir nada más. El concierto es un éxito, Marcos canta casi toda su discografía y la gente no para de pedir bises. Y con cada canción siento que se acaba esta nueva oportunidad que la vida, o mi hermana, me ha dado de verlo, de intentar recuperar el tiempo perdido.

Comienzo a sentirme frustrada; aunque quisiera buscarlo, aunque estuviera decidida a contarle lo que ha pasado entre nosotros, no sé cómo llegar a él. Ni siquiera sé en qué hotel se aloja.

Virginia adivina mis pensamientos, porque me dice completamente seria:

—Seguro que es más fácil de lo que parece colarse en su camerino. Estoy convencida de que más de una lo intentará esta noche.

—Probablemente, pero yo no seré una de ellas. —Zanjo el tema con mi contundente frase.

El concierto termina tres horas después; no obstante, siento que apenas ha durado unos minutos.

Seguimos a la gente hacia las salidas, y sé que cada vez estoy más lejos de aprovechar mi última oportunidad. Lo sé y, aun así, no me detengo.

Las filas son interminables; es curioso cómo la gente tiene la misma prisa por entrar que por salir, como si hubiera un premio para el ganador esperando a la salida.

Todo el mundo está entusiasmado con el concierto, y lo cierto es que es comprensible. Varias chicas delante de nosotras comentan lo guapísimo que es Marcos, y lo bonita que ha sido la presentación del primer tema.

Mi hermana quema su última nave, cuando les habla a las tres amigas:

—No he podido evitar escucharos, ¿verdad que ha sido muy romántico?

Ellas, emocionadas, le responden con grititos entusiastas.

—Ojalá me dedicaran a mí un tema —comenta la más bajita.

Mi hermana las espolea un poco más.

—¿Creéis que la chica del tema lo buscará? Ya sabéis, aunque sólo sea para agradecersele.

—Si no lo hace es que es tonta. Yo se lo estaría agradeciendo durante horas —confiesa la morena de pelo corto con una risita irritante.

—También yo pienso lo mismo —dice Virginia—. Hay que ser muy imbécil para perder a un chico como Marcos.

—Yo me cambiaba ahora mismo por ella —exclama la tercera en discordia, que ha permanecido callada hasta ahora.

Me muerdo la lengua para no soltar un grito y mandar a las tres *groupies* y a mi hermana a recoger setas, cuando me doy cuenta de que estamos a punto de abandonar el recinto. Diez metros y regresaré a mi vida.

Me detengo cuando noto que me dan unos insistentes golpecitos en el hombro. Me giro con el corazón bombeando a toda máquina y me encuentro con dos trabajadores de seguridad, enormes y mortalmente serios.

—Señorita, tiene que acompañarnos —anuncian sin más preámbulos.

—¿Perdón?

—No puede abandonar el recinto hasta que le hagamos unas preguntas y la cacheemos.

—¿Esto es una broma? Porque, si es así, es de muy mal gusto.

—No es ninguna broma, señorita. Debe acompañarnos.

Miro a mi hermana en busca de ayuda, pero está tan estupefacta como yo misma. Las chicas de antes y cincuenta personas más se han quedado paradas para observar cómo los agentes me toman con delicadeza del brazo y me arrastran, casi literalmente, de nuevo adentro.

—Señores, por favor, dispérsense. La señorita Ventura tiene que acompañarnos, no pasa nada —dice el segurata dotado con el don de la

palabra. Su compañero sólo gruñe, nada inteligible.

—¿Por qué?, ¿cómo saben mi nombre?

¡Dios! Esto pinta muy mal. Estoy a punto de ponerme a gritar de frustración, ya que nadie me explica nada, pero me relajo un poco cuando veo que Virginia nos sigue.

—Pide un abogado —le indico, totalmente desubicada.

—Eso no será necesario, señorita. Será sólo un momento, y después podrá marcharse. —me explica de nuevo el mismo empleado de seguridad.

—Ni caso, Virginia. Llama a alguien. ¡Joder! Llama a Cristina aunque sea, me lo debe.

Mi ex amiga es abogada, y tiene una deuda de honor conmigo por robarme el novio; lo menos que puede hacer es sacarme de este lío en el que no sé cómo me he metido.

—De acuerdo —responde mi hermana, pero no saca el teléfono ni hace otra cosa más que seguirnos.

¡Dios! Otra vez dentro, no. Que me lleven a comisaría.

# Y fue por ti que descubrí lo que es amar...

—**T**IENE que esperar fuera —le informa el de seguridad a mi hermana.

Abre una puerta y me hace entrar. Es una especie de oficina reconvertida en camerino, a juzgar por las perchas móviles y los productos para el cabello que hay sobre la mesa, en la que un espejo enorme se apoya tambaleante.

—¿Qué hago aquí? —les pregunto, entrando en modo pánico.

—Tenemos que hacerle unas preguntas. Siéntese ahí —me pide señalándome un sofá de cuero negro—; ahora vendrá el encargado de hacérselas y luego podrá marcharse a su casa.

Y ambos se largan, dejándome sola, desconcertada y sin respuestas.

Los minutos pasan y se me hacen eternos. ¿Por qué nadie me explica lo que se supone que he hecho?

No puedo estarme quieta, así que me levanto y me acerco hasta los botes de productos para el cabello, peines y colonia, con el fin de matar el tiempo y mantenerme ocupada. Destapo el perfume y estoy a un paso de ponerme a hiperventilar... Este frasco huele exactamente igual que Marcos. Esto raya el surrealismo: ¿he acabado detenida en su camerino?, ¿se enterará de que me han retenido?

Mi teléfono vibra en el bolso, lo saco con dedos temblorosos y veo que mi hermana me ha escrito un whatsapp. Bien, seguramente sea para decirme que mi abogada está en camino.

Leo varias veces el mensaje, segura de que he perdido la capacidad de

juntar letras y encontrarles el sentido:

*Me voy a casa. Los de seguridad me han dicho que un coche te llevará cuando termines, que no te preocupes de nada.*

*Disfruta de la noche ;)*

¿Mi hermana acaba de dejarme tirada? ¿Y encima se regodea de ello en su última frase?

No tengo tiempo de asimilarlo cuando la puerta se abre y entra un tipo vestido de negro; va con la cabeza gacha, por lo que no logro distinguir sus facciones. Sus andares me suenan bastante...

—Creo que ha habido un error —comienzo—, yo no debería estar aquí.

—Éste es exactamente el lugar en el que debes estar.

Un escalofrío recorre mi espalda cuando reconozco su voz.

—¿Marcos?

—¿Esperabas a otra persona? —me pregunta acercándose a mí y parándose a dos pasos.

—No. Aunque tampoco te esperaba a ti. Yo en realidad no...

—¿De verdad creías que me había olvidado de ti, Sandra? No he podido hacerlo en años, ¿cómo crees que iba a conseguirlo en tan sólo unas semanas? ¿Cómo pudiste pensarlo después de lo que compartimos? De lo que te confesé.

—No lo sé. Tenía miedo. Yo... —Parece que desde que ha entrado soy incapaz de terminar una frase.

—No llores, por favor —me pide con dulzura.

Ni siquiera me he dado cuenta de que estaba llorando, y ahora mismo no sé si lo hago de alivio, de felicidad o de nervios.

—Pareces sorprendida de que te haya hecho venir. ¿No recibiste mi rosa y mi nota? ¿No has escuchado la declaración pública de amor que te he hecho esta noche delante de todos los asistentes?

—No sabía que la rosa y la nota fueran tuyas —confieso.

—¿De quién, si no? —¿Me lo estoy imaginando o ha sonado posesivo?

—Y tampoco me ha parecido que te estuvieras declarando.

—¿Es eso una crítica?

Me río. Vuelvo a estar a su lado, y acaba de reconocer que recuerda todo lo que hemos vivido estas últimas semanas.

—No. Lo siento. Simplemente es que no me he dado cuenta de lo que era.

—Interesante. ¿Me das una nueva oportunidad? —pregunta con una sonrisa que hace que mis piernas tiemblen.

—Encantada de dártela. Ya lo sabes.

—Para eso necesito que estés más cerca —me dice, cogiéndome la mano y arrastrándome hasta el sofá, en el que se sienta y me coloca sobre su regazo.

Comienza a besar mi cuello con suavidad.

—Creía que ibas a declararte.

—Estoy pensando —dice ascendiendo por la garganta hasta enterrar la nariz en el hueco detrás de mi oreja.

—Me gusta cómo piensas.

—A mí también. —Y ahora está peligrosamente cerca de mis labios.

Me besa con una mezcla de dulzura y pasión que licua mis huesos y enciende mi sangre. ¡Cuánto lo he echado de menos!

Cuando nos separamos, los dos respiramos con dificultad. Le rodeo el cuello con los brazos y me fundo con él, dispuesta a lo que sea preciso para no perderlo nunca más.

—Te quiero. No hay nada que pensar, ni nada más que decir. Te quiero, y pretendo disfrutar de cada alegría, de cada tristeza que me depare la vida, a tu lado.

—¿Te quedas conmigo? —pregunto, dudando de haberle oído bien.

—Siempre.

—Siempre —repito, y me parece la palabra más hermosa de todas—. Para siempre.

# Notas

[1] *Payphone*, de Maroom 5.

[2] *Impossible*, de James Arthur.  
*Sólo un deseo*

Olga Salar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de la imagen de la portada, © Shutterstock

© Olga Salar, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

*Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.*

Primera edición: abril de 2014

ISBN: 978-84-08-12668-3

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L. / [www.victorigual.com](http://www.victorigual.com)